

---

---

MARÍA EN EL MISTERIO DEL NACIMIENTO  
DEL HIJO DE DIOS.

---

DISCURSO II.

*Transeamus usque Bethlehem, et videamus hoc verbum quod factum est, quod Dominus ostendit nobis*

Vamos hasta Belén, y veamos este suceso prodigioso que acaba de acontecer, y que el Señor nos ha manifestado.

(Luc. II, 15.)

Al contemplar el tierno espectáculo que nos presenta el establo de Belén, las más dulces y encontradas emociones conmueven mi corazón. Un Dios niño, una Madre virgen, un Esposo castísimo, sencillos pastores que adoran humildes al divino Infante, ángeles que cantan: «Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres en la tierra.»

Sin duda alguna, el Dios Niño es el sol que brilla en este feliz horizonte; pero, á su lado, está la pura y hermosa María, que siendo Madre de un Hombre Dios, la más excelsa de todas las criaturas, la Reina de Cielos y tierra, roba también nuestro corazón. Loores sin fin sean dados al divino Infante; á Él pertenecen nuestras almas y corazones; tuyas son de derecho las primicias de nuestras adoraciones; pero, complácete el Niño Dios en que, después de haberle tributado los soberanos cultos que le son debidos, nos empleemos en obsequio de su santísima y purísima Madre. Así lo haremos hoy, católicos, en este día, y hé aquí el objeto de mi discurso: María, la más prudente de las mujeres, considerada en el misterio del nacimiento del Hijo de Dios. La materia no puede ser más abundante, pero ni el lenguaje humano se presta á expresiones inefables, ni la cortedad del tiempo que me es dado hablaros, me permite extenderme cuanto mi corazón quisiera. Para el acierto imploremos la asistencia del Espíritu Santo. A. M.

Considero aquí la prudencia, católicos, como la tutora, como la guardadora de las demás virtudes; de tal modo, que las suponga todas, pues que á los ojos de Dios y al través del prisma evangélico las virtudes, para que sean perfectas, van hermanadas necesariamente. Son como un ramillete de olorosas flores escogidas en el verjel divino; han de ir conjuntas, han de estar enlazadas para que del reflejo celestial con que unas hermocean á otras, resulte esa divina armonía que hace se complazca el Señor en el corazón de un justo como en un paraíso, como en un cielo. Si algún corazón había que fuese un verdadero paraíso, en cuya morada se complaciese el Altísimo, era seguramente el corazón de María purísima, aún en el instante mismo de su concepción; jamás admitió Ella en el suyo ni aún la sombra del pecado: era María la verdadera mística ciudad de Dios, fundada por manos del mismo Dios: era un alcázar real de soberanas virtudes, asegurado y defendido por el Dios de los ejércitos, que amaba á María más que á todas las criaturas juntas. No podía, de consiguiente, refugiarse en su interior ninguna cosa que pudiera mancillar el lustre de sus virtudes.

Pero hay en la conducta angelical de María una circunstancia muy digna de notarse, y de la que me he propuesto hablaros. Apenas tuvo uso de razón, conoció los extraordinarios favores de que era objeto de parte de la Divinidad. Sin embargo, pasa su primera infancia en compañía de otras doncellas, sin que jamás se note en Ella nada que la haga aparecer singular. Era esta ya una consumada prudencia en una edad infantil. Crece en edad, y las virtudes y las gracias y los favores van en aumento: siempre la misma celestial prudencia, la misma humildad, la misma reserva.

Llegó, por fin, el venturoso día de la Encarnación, de ese acontecimiento el más grande en los fastos del mundo, día principio de nuestra restauración. El arcángel Gabriel viene de parte del mismo Dios á anunciar á María, que en el mismo instante el Espíritu Santo descendería á su seno y obraría en él el misterio inefable de la Encarnación. María responde al arcángel con una humildad, laconismo y prudencia, que prueban cuán digna era de tan alto honor. En el momento mismo el arcángel desaparece, y queda obrado el altísimo misterio de la Encarnación del Verbo.

María, deseando ser útil á su prima santa Isabel, parte desde Nazareth á las montañas de Judá. Sabe que es Madre del Salvador del mundo; conoce que es Templo vivo que lo encierra en su seno. Mayor gloria no era dable en la tierra ni aún en los Cielos; sin embargo,

humilde y prudente, hace su viaje como cualquiera otra mujer ordinaria; llega á casa de Isabel, y la saluda primero, cual si le fuera inferior. Espera que Isabel hable, y esta Mujer, habitualmente tan reservada, pronuncia aquel grandioso, sublime y sentimental cántico del *Magnificat*, que regocija el corazón de los cristianos, desde hace cerca de veinte siglos. Silencio y reserva, cuando así lo exigen los intereses divinos y el ejercicio de la humildad; habla, pero poco, pero muy á tiempo, pero con sentido sublime, cuando así lo pide la honra del Dios que estrecha en su seno, y la caridad para con una parienta ilustre, que lleva en el suyo al Precursor. ¡Prodigio de prudencia!

Acércanse los días tan suspirados por los profetas y justos de la ley antigua: está muy cerca el venturoso instante en que el Mesías vá á salir al mundo; cuenta el tiempo, los momentos son preciosos; pero una orden llega del César, y es preciso vaya José á empadronarse con María á la ciudad cabeza de su familia. María no replica, sigue humilde á José, y espera en la providencia de Aquel que lleva en su seno. Hace el viaje en una estacion incómoda, en el corazón del invierno: sus escasos haberes no le permiten lo haga con comodidad; el celosísimo José hace cuanto puede por minorar las fatigas á la que sabe que es Madre de Dios. Pero Dios, que enviaba á su Hijo para padecer, dispone que al llegar á Belén se cumpla el momento del nacimiento divino. José, sin duda, procuró de todos modos preparar un alojamiento cómodo á su esposa; llamó de puerta en puerta; las halló todas cerradas. Habíase dado á conocer de sus parientes; ninguno le acogió: el tiempo urgía, sin embargo, y los instantes eran preciosísimos. Vá al meson, todo lo halla ocupado; y el Dios que crió cielos y tierra, al nacer en ésta, tiene que albergarse en un establo ó portal descubierto que se hallaba en el arrabal de Belén.

Allí, allí María, puesta en oracion, y dando gracias al Señor porque era venida la hora de la llegada de Dios al mundo, cuando los astros del firmamento estaban en el medio de su carrera, cuando la noche estaba en la mitad de su camino, María dió á luz al Salvador del mundo. Esta prudentísima Virgen Madre olvida todas las tristes escenas que pasaron con José en busca de un albergue: sabe que el Niño Dios ennoblece con su presencia todos los lugares, y que el establo que lo abriga es el sitio más honrado que conozca la tierra y aún el empíreo. Cuando María se vé anegada en tanta gloria, ¿qué pueden importarle las pequeñeces de mortales? Contemplad á esta Virgen Madre en momento tan glorioso. ¡Qué serenidad! ¡Qué gran-

deza! ¡Qué magnanimidad! Ninguna reina del mundo pudo verse jamás tan honrada y tan feliz. ¡Ni cómo podía echar de ménos envolturas finísimas de hechura humana, ni cuna delicada con profusion de telas de oro y pedrería, la que tenía en su regazo al que todo lo viste y adorna? Compuso, sin embargo, María, el divino cuerpecito con pobres, pero aseados pañales.

En esto llegan los pastores que estaban de majada en los oteros del rededor, y en humildes pero sinceros modales adoran al divino Niño, al paso que multitud de ángeles, oídos solo de los pastores fieles, cantaban: «Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres en la tierra.» María presenciaba todas estas cosas con la misma serenidad, magnanimidad y reserva que en todas sus comunicaciones con Dios.

Pero, lo que pone un sello á cuanto acabamos de decir relativamente al altísimo dón de prudencia con que el Señor de las virtudes dotó á María, es el testimonio mismo del Evangelista. Despues de relatar, con la admirable claridad y sencillez que caracteriza á los sagrados relatos, todo cuanto pasó en el sagrado preñado y en el nacimiento del Hijo de Dios, con otros episodios de la historia divina en que María entraba como parte muy principal, concluye esta narracion con las palabras siguientes: «María retenía todas estas cosas en su memoria repasándolas en su corazón.» No dice el Evangelista, que las iba refiriendo, aún bajo el justo título de ceder en honra y gloria de Dios; sinó que las meditaba, las repasaba en lo íntimo de su corazón. Hé ahí, católicos, el modelo que debemos seguir en nuestra conducta, aún en medio de los favores del Cielo. Silencio, prudente reserva: esta es la escuela de María, y de Ella debemos ser discípulos. María nos enseña callando; María nos enseña obrando. Callar y obrar, hé ahí, amados míos en el Señor, lo que nos enseña María, y esta es la enseñanza, y este es el fruto que debemos sacar de la meditacion de este misterio de Belén en la festividad que nos reúne en este santo lugar.

Permitidme, católicos, el que ántes de separarme de vosotros, presente á vuestra meditacion ciertas consideraciones prácticas sobre el conjunto de circunstancias felices que se agrupan. En el firmamento, una milicia celestial, que acude del Empíreo para anunciar á los hombres el fausto acontecimiento del nacimiento de su Salvador. Al rededor del pesebre, sencillos y humildes pastores, que oyen el llamamiento y acuden dóciles al anuncio del Cielo. En la ciudad, habitantes entregados al sueño y sordos á los avisos del Cielo. En la Judea, una ceguera general, que no permite ver tanta luz. En el mundo entero, olvido completo de las voluntades y disposiciones del Altísimo.

Un Niño Dios, cuya majestad glorifica á los Cielos, y en la tierra solo se ve acompañado, al nacer, de su Virgen Madre, del santísimo Esposo de su Madre, y de algunos pastores. Tal es el cuadro que nos presenta Belén. ¡Ah católicos! ¡Cuán pocos encuentra dispuestos á recibirle en su entrada en este mundo el Hijo de Dios! ¡Cuán pocos que estén de vela! ¡Cuán pocos que lo vean llegar! ¡Cuán pocos que oigan el ejército de ángeles que lo obsequia! ¡Ah, esta es una realidad muy amarga y un cargo terrible para la humanidad! Al anuncio del nacimiento de un príncipe heredero de un reino, ¡cuánto movimiento, cuánto afán, cuánto servicio apresurado, cuánta felicitación! Todo un vasto imperio se conmueve con tan fausto acontecimiento; y en efecto, nada más natural, nada más justo. Pero ¿qué misterio se encierra en la venida del mismo Dios Hombre en persona, para que se truequen los frenos de la política humana, para que solo en ella padezcan excepcion todas las leyes, aún hasta las de la más sencilla urbanidad? ¡Ah! ¿dónde estais vosotros, doctores de la ley, que contais por días la llegada del Mesías? El Mesías ha llegado; ¿pues qué haceis? ¿Dónde estais vosotros, sacerdotes descendientes de Leví y de Aaron? Estais viendo que vuestro ministerio caduca, que el sacerdocio se traspasa, segun las profecías, que es llegada ya la hora de que venga en persona á su Templo el Mesías: ¿qué haceis?

María va á presentar al Templo á su Hijo, al Dios Infante, al Mesías, segun lo había profetizado Malaquías. En el Templo hay un anciano Simeon que lo reconoce por su Dios, que lo adora, y que desea ya morir en paz porque sus ojos han visto al Redentor de Israel; en el Templo se halla una viuda santa, consagrada al servicio del Señor, que reconoce en el Dios Niño al Mesías; y vosotros, sacerdotes, ¿qué haceis? Tres reyes extranjeros que vienen del Oriente se acercan á la ciudad santa, preguntan por el paradero del Rey de los Judíos que ha nacido poco há, y cuya estrella se les ha aparecido en el Oriente: Herodes confuso no sabe qué decir, porque á la sazón no le había nacido ningun hijo; pregunta á los sacerdotes y doctores, hace consultas por todas las sinagogas: todos le responden, que el Mesías ha de nacer en Belén segun las profecías. Los reyes Magos se dirigen en virtud de respuesta tan unánime y esplicita á la ciudad de Belén: la estrella se les aparece de nuevo al salir de Jerusalén, y los guía hasta el establo, en donde adoran al divino Infante. Y vosotros, doctores y sacerdotes, ¿qué haceis? ¿Lo que haceis?... Herodes manda degollar á todos los niños de Belén y sus alrededores para que no se le escape el Niño divino; vosotros lo adulais, y más tarde se verá vues-

tro designio: entretanto, ese Dios Niño que ha venido á visitaros, y á quien ni siquiera os habeis dignado ir á ver, os abandonará en vuestra ceguedad, y preferirá el Egipto, aunque idólatra, á su propia pátria ingrata, ciega, desconocida.

¡Ah Niño divino! Y ¡cuán temprano comenzais á padecer! No es necesario que venga la cruz del Calvario; la ingratitud y la perfidia de los hombres es una espada mucho más cruel que los clavos del santo madero. No se contentó vuestra pátria con desconoceros, sinó que os persiguió á muerte cuando apénas vinisteis á la vida. No permitais, Niño divino, que imitemos desaciertos tan sacrilegos; haced que imitemos á vuestra Madre, que sufre, magnánima, sí, pero muy sentida, los agravios de que sois objeto apénas nacido: que imitemos á vuestra santísima Madre, que redobla el amor y la solicitud cuando más perseguido os ve. Imitemos al santo José, vuestro custodio, que amigo fiel é inseparable, os acompaña á Egipto, y os proporciona un alimento sencillo con el trabajo de sus manos, redoblando la ternura cuanto más os ve desconocido. Imitemos á esos fieles pastores, que dóciles al aviso del Cielo, lo dejan todo por ir á adoraros. Imitemos á los reyes Magos, que atravesando regiones y venciendo obstáculos sin fin, vienen, desde muy léjos, á adoraros para ofreceros el oro de su amor, el incienso de su adoracion, y la mirra de la mortificacion. Sea nuestro corazon el pesebre de Belén. Desaliñado, Vos lo podeis adornar; pobre, lo podeis enriquecer; desabrigado, lo podeis abrasar con vuestro amor; duro, lo podeis ablandar. Os ofrecemos, divino Infante, este corazon que nos habeis dado para amaros: venid á él, venid; venid con vuestra Virgen Madre, nuestra Reina y Señora; venid con el santo José; venid con los sencillos pastores; venid con los santos Reyes; venid en fin con el ejército de ángeles que os alabó en vuestro nacimiento. Aunque es muy estrecho, Vos lo podeis hacer un Cielo. Descended, pues, ¡oh Jesús! Venid ¡oh María! Quedad en nuestros corazones para siempre, durante nuestra vida, y por eternidades en la gloria. Amen.